

ban fricciones de vinagre; lo arrojaban sobre carbones y desparrañaban alrededor nitros salitrosos para avivar más sus tormentos; ora entraban en tinas de aceite hirviendo, ora en estanques glaciales, sintiendo vivísimos dolores; y ¿qué sucedía? Tenían siempre presente la cárcel de Jesús, sus cadenas, sus azotes, sus espinas y su muerte, y eran entónces los fuegos brisas, las llamas rosas, los azotes caricias, las catastas diademas, las cadenas lauros, los cadalsos tronos.

No era esta leccion de Jesús tan sólo para los cristianos heróicos; era también para los que tuviesen la gracia de vivir en tiempos pacíficos, en que no hubiese tiranos que persiguiesen su nombre; era para nosotros, era para todos. Con su paciencia y silencio en los tormentos y en la prision, ¿qué nos enseñaba Jesucristo? Nos enseñaba que debíamos mirar en nuestros enemigos unos hermanos extraviados, por cuya conversion debemos orar al cielo; en sus ódios contra nosotros, no debíamos tener aversion sino al pecado que cometen, y para no tener nosotros la misma complicidad criminal, debíamos amarlos como á hermanos. Más nos enseñaba; la paciencia tiene tres grados de perfeccion: el sufrimiento, el silencio y la alegría. Había enseñado Jesús á sus discípulos que se alegrasen cuando fuesen insultados y vilipendiados por su nombre; que fuesen por todo el mundo como ovejas entre lobos; que cuando el enemigo les hiciese andar violentamente diez pasos, hiciesen ciento más; que cuando les robasen el vestido, les cediesen también el palio: tres caracteres de gozo, de silencio, de paciencia en los trabajos del mundo; y para hacérmolos llevaderos, Él mismo empieza á practicar sus consejos y preceptos. Jesús va alegre á la cárcel, porque con su prision abre las puertas del cielo; no responde á las injurias, porque con su silencio acalla el grito de nuestros crímenes, que piden venganza al cielo;

se entrega gustoso en manos de los sayones, porque de este modo ha de vencer al fuerte armado, le ha de arrancar sus despojos y ha de alcanzar victoria.

¿Hasta cuándo, pues, seremos insensibles á un ejemplo tan divino? ¿Hasta cuándo seremos sordos á tan elocuentes lecciones? No tenemos hoy dia perseguidores de nuestras creencias á mano armada; pero hay un gran tirano que vive en nuestro propio corazón, el amor propio; éste nos apremia sin cesar, para que no cedamos jamás en nuestras altivas pretensiones. Suspiramos por riquezas, honores y glorias mundanales; no sufrimos el más leve descomedimiento de nuestros hermanos; la más ligera injuria la consideramos como una falta imperdonable; nos creemos acreedores á la consideracion universal; deseamos brillar en el mundo, y cuando alguno se erige en enemigo de nuestra dicha, en rival de nuestras glorias adquiridas por nuestro talento ó heredadas de nuestros mayores, nos revestimos de un orgullo inflexible, sin querer jamás decir una palabra de amor al que nos odia.

No es esto lo que nos enseña Jesucristo en su prision; seguid sus pasos, y lo vereis tan manso, que no ha de desplegar sus lábios en su cruel martirio; cuando hable por primera vez en la Cruz, oireis sus divinos ecos, que suben al trono de su Padre, pidiendo misericordia para sus enemigos. Iras, ódio, venganza, ¡ay! no pueden entrar en aquel corazón lleno de amor para con los hombres, aunque éstos sean sus más crueles enemigos.

Quede, pues, impresa esta leccion en nuestras almas; la conformidad con la voluntad de Dios en nuestros destinos temporales, la paciencia en los trabajos, el amor á nuestros hermanos y el perdón á nuestros enemigos, nos hará unos verdaderos discípulos de Jesús encarcelado y atormentado.

Postrémonos ante tan amante y celestial Maestro de

nuestras almas; lo hemos injuriado nosotros con los judíos, lo hemos cargado de cadenas, y lo hemos abofeteado cada vez que lo hemos ofendido; hemos cubierto sus ojos divinos con negro velo de irrisión cada vez que hemos abusado de sus beneficios, para convertirlos en instrumentos de nuestros pecados. Nosotros hemos fabricado esas cadenas ofendiéndolo; quitémoslas con nuestro arrepentimiento; nosotros hemos cerrado á Jesus dentro de esas puertas ferradas con nuestras ingratitudes; abrámoslas con nuestro reconocimiento á sus bondades.

De este modo mereceremos que este adorable Redentor nos mire con ojos de piedad, nos dé su gracia y misericordia en la presente vida, y nos corone de gloria en la eterna. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE LA

PRECIOSA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Et sine sanguinis effusione non fit remissio.

Y sin efusion de sangre, no hay remision.

(HEBREOS, cap. ix, vers. 22.)

Nada conmueve tanto nuestras entrañas, nada altera tanto nuestro corazon, nada excita en nuestro espíritu ideas lúgubres, tanto como ver la tierra empapada en sangre humana. Ora el aleve asesino haya enterrado el acero en el pecho de su adversario; ora la justicia humana haya alzado su cuchilla sobre la cerviz del homicida; ora la carnívora fiera haya saciado su hambre en el cuerpo humano; de cualquier modo que sea, la efusion de la sangre del hombre es un espectáculo que inspira terror á quien lo mira. ¿De qué proviene esta sensacion terrible que causa en nosotros la vista de la sangre humana? ¿Acaso de que sabemos que es la sangre el agente principal en la vida del hombre? No, ciertamente, porque estas ideas no existen sino en los entendimientos ilustrados, y el terror que engendra la vista de la sangre humana derramada, igualmente es propio del sábio que del ignorante, y quizá su vista afecta más al que ignora las causas físicas de la vitalidad, que al sábio que las conoce.

Hay, pues, en la sangre humana algo de sagrado, cuando así causa sensaciones tristes al verla derramada; hay sin duda en este flúido animal encerrado algun símbolo